



Capítulo 302 - Él comió.

La atmósfera alrededor de Vergil se hizo añicos como el cristal bajo la presión cósmica.

Su aura, hasta entonces contenida como la de una bestia encadenada, estalló en un vendaval negro azulado, levantando polvo, cenizas y sangre seca por los aires.

Vergil levantó la vista. Sus ojos, antes fríos, ahora ardían con una luz gélida; sus pupilas danzaban en el resplandor etéreo. Sus ojos brillaban, siguiendo las líneas de energía que se extendían por su rostro como marcas talladas en fuego congelado.

Su cuerpo se arqueó. Un segundo de silencio, como el suspiro antes de la tormenta.

Y luego, la transformación.

La espalda de Vergil se abrió de golpe, revelando alas demoníacas formadas por energía sólida y densas sombras: no eran plumas, sino hojas flotantes de obsidiana viva. Su cabello plateado flotaba con la gravedad distorsionada que lo rodeaba, y su piel adquirió un tono más pálido, casi etéreo, como si estuviera entre dos mundos. Las marcas demoníacas brillaban en rojo y azul, alternando entre el caos y el orden.

Su Yamato, o lo que se suponía que era, también había cambiado. La hoja, en lugar de la tradicional katana fina y elegante, se había alargado a una versión más agresiva: curva, de doble filo, con la hoja vibrando en tonos violetas. Estaba viva. Orgánica en partes, forjada no solo de metal, sino de algo más





profundo. Cada corte dejaba rastros de una realidad destrizada, como si el espacio alrededor de la hoja se negara a ser tocado.

El espíritu gigante dudó. Un instinto primitivo, incluso en algo hecho de huesos y sombras, presentía lo que se avecinaba.

Y entonces se desató el infierno.

Vergil disparó. Una grieta en el espacio marcó su avance, y donde sus pies tocaron el suelo, este se hizo añicos en prismas de energía invertida. No corrió, devoró la distancia. Uno de los brazos de la criatura cayó como una avalancha, pero Vergil lo cortó en el aire antes de que pudiera completar su arco, rompiendo la maldición que lo mantenía unido con un tajo lateral.

El brazo se desintegró en llamas azules y fragmentos espectrales.

El monstruo rugió, y esta vez, fue un rugido que no solo sonó, sino que se sintió. Vergil se tambaleó un instante, mientras las ondas sísmicas espirituales lo golpeaban como mazos, pero giró en el aire y aterrizó de espaldas sobre un muro de huesos, aprovechándolo como impulso.

Gritó, y su grito resonó con múltiples voces: la suya, la de su esencia demoníaca y la de algo ancestral, oculto en los recuerdos de la sangre de su madre.

El siguiente ataque fue una tormenta. Vergil se multiplicó usando la misma técnica que antes, pero mucho más refinada y con más fuerza.

No en clones ilusorios, sino en ecos de sus propios movimientos: cada avance crea una nueva versión de sí mismo, ligeramente retrasada, como un rayo reflejándose en espejos rotos.



Tres Virgiles -o tres instantes de uno- cortaron simultáneamente los tres brazos centrales de la criatura, creando un triple impacto que desató una ola de energía tan poderosa que hizo que el suelo bajo los pies del monstruo colapsara en espiral.

Espectro, dentro del huésped, gritó de furia. La máscara que cubría a la criatura se quebró. Las runas sangraron. Empezó a canalizar las Raíces Sibilinas, una técnica prohibida que vinculaba el destino del usuario a la destrucción garantizada del enemigo.

Vergil sintió la atadura. Unas líneas rojas comenzaron a coser su cuerpo a la criatura, como si el tiempo decidiera llevarlos a ambos al mismo fin.

"¿A eso le llamas control?", gruñó Vergil. "Entonces, mira lo que es trascender."

Con un gesto sutil, lanzó a Yamato al aire. Giró una vez. Dos veces.

Y en el instante en que la espada volvió a tocar su puño, el mundo se detuvo.

No metafóricamente. El tiempo se interrumpió.

La tierra se congeló ante el impacto de un trueno que nunca llegó. Las llamas flotaban en el aire. La sombra del gigante permaneció inmóvil, con los ojos aún brillantes.

Vergil caminó lentamente a través del tiempo suspendido. Cada paso dejaba rastros de luz azul tras él. Observó a la criatura, observando su estructura espiritual. Los vínculos que unían a Espectro con la invocación. Las fallas en los encantamientos. Las capas desalineadas del sello del alma.





"Estás intentando crear un dios con partes de muñeca".

Levantó a Yamato. La espada brillaba con una luz que no era de este mundo.

Y luego se cortó.

No la criatura. No Espectro. El vínculo entre ellos.

El tiempo pareció retroceder, reiniciarse como un resorte que se libera. El cuerpo del espíritu gigante se tambaleó y, por primera vez, perdió los ojos.

El tiempo en sí no se había detenido, pero para Spectre sí...

Espectro cayó del cielo, se separó, su alma expuesta como un fragmento de luna agrietada.



Vergil apareció a su lado, con el pie sobre su pecho espectral. Yamato descansaba sobre su cuello etéreo.

"Eso fue realmente decepcionante."

Y con un último movimiento, Virgilio cortó el alma.

Spectre no gritó.

Él simplemente desapareció, como una sombra que nunca existió.



El campo quedó en silencio. Las runas se evaporaron. El cráter ahora era solo silencio y polvo azul flotante.

Virgilio guardó su espada y se quedó mirando el horizonte más allá de la barrera.

El silencio que dominaba el cráter duró un tiempo casi cruel.

Las brasas místicas flotaban como cenizas de un mundo que ya no existía. El aire era pesado, denso, como si la realidad dudara en continuar tras semejante ruptura. Incluso el tiempo parecía resistirse a retomar su ritmo natural.

"Demasiado débil", murmuró nervioso.

Su cuerpo atravesó la espiral de energía residual de la batalla y cayó de rodillas. El impacto resonó como la campana de una ejecución. Su forma demoníaca se desintegró en partículas azul oscuro, serpenteando por el aire antes de desaparecer por completo. Su piel recuperó su tono pálido, sus ojos perdieron su brillo sobrenatural, pero ahora había algo más profundo en su mirada: una sombra fría, antigua e inquebrantable.



Levantó lentamente la cara. Los tres héroes, antaño espectadores de la última parte de la masacre, lo miraron con expresión tensa.

Vergil no dijo nada de inmediato. Simplemente los observó con una calma casi desdeñosa. Luego se levantó con la serenidad de quien ni siquiera jadea.

Su mirada atravesó al grupo como la hoja de su espada.



—Vuelve a entrenar. —Su voz sonó como una piedra arrastrada sobre mármol—. Eres débil.

La furia estalló en el trío.

Eva no lo pudo soportar.

¡Eres demasiado fuerte!, gritó, con la voz llena de frustración, ira, admiración y miedo, todo al mismo tiempo.

Virgilio giró el rostro apenas un poco. Sus ojos se entrecerraron con un cansancio ancestral.

"Ni siquiera era real."

Y entonces el mundo gritó.

La dimensión de la batalla, ya inestable, sostenida sólo por fragmentos de magia y deseo, simplemente se derrumbó.

El suelo se quebró como porcelana bajo una fuerza invisible. Las antiguas runas que unían el tejido de la realidad se rompieron con un sonido agudo, como campanas al ser torturadas.

El cielo, negro y silencioso hasta entonces, se abrió con líneas pulsantes de luz blanca y rojo carmesí, revelando algo más allá, algo que nunca debió verse.

Un estruendo devastador lo llenó todo, como el grito de un dios antiguo atrapado durante eones.





Y entonces, sin previo aviso, un cuerpo fue arrojado a través de la grieta dimensional, volando a gran velocidad.

Vergil levantó la mano como si el tiempo aún estuviera en sus manos. Con un movimiento fluido y absolutamente preciso, la sujetó por la cintura, amortiguando el impacto como si fuera de cristal.

"¿Estás perdido?" preguntó con una sonrisa sutil, casi depravada, mientras observaba a Gwen en sus brazos.

Ella jadeó, su mirada sorprendida, sus ojos abiertos por el colapso dimensional, por la fuerza... y por él.

"M-Maestro..." tartamudeó, sin fuerzas para levantarse.

La mirada de Vergil cambió al instante. La sonrisa desapareció, reemplazada por una frialdad cortante.

"¿Quién te golpeó?" la pregunta salió seca, directa, como el filo de su espada.

Y antes de que Gwen pudiera responder, él ya lo había visto.

No hacían falta palabras. A lo lejos, dos figuras familiares luchaban desesperadamente contra los secuaces supervivientes de Espectro. Kaori y Valerie seguían intentando contener la inestabilidad de aquel mundo en decadencia.

Vergil depositó a Gwen con cuidado en el suelo y se levantó, buscando con la mirada más. Siempre más.





Fue entonces cuando las puertas de la realidad se ajustaron. Con un chasquido dimensional, apareció el Vaticano, intacto, majestuoso e impasible, como si todo fuera solo un sueño febril.

Y luego - ellos.

—Oh, tú también estás aquí... —murmuró Vergil con una leve sonrisa, reconociendo a Seraphina y Lucian entre los escombros del espacio destrozado.

El reencuentro no tuvo tiempo para la emoción.

Volteó la mirada como si ya supiera lo que venía... y lo vio.

En el extremo opuesto de la nueva escena, entre columnas doradas y sombras pulsantes, Kraggor, su otro general, estaba enfrascado en una lucha brutal, no contra sombras, no contra espectros...

Pero contra Dante.

Los dos se movieron como titanes, intercambiando golpes que moldeaban el aire a su alrededor, cada impacto resonando como tambores de guerra.

Virgilio frunció el ceño. Su silencio fue la tormenta que precedió al juicio.

—¿Qué querían? —preguntó Vergil con voz tranquila pero firme, mientras ayudaba a Gwen a ponerse de pie con un gesto suave, casi protector.





Ella todavía estaba temblando, tratando de recuperar el aliento, con los ojos fijos en el suelo por un segundo antes de enfrentarlo.

"El cadáver del Papa..." respondió ella, con la voz ronca, todavía teñida de incredulidad.

Vergil arqueó una ceja levemente. "¿Y qué has hecho con él?"

Gwen dudó.

Ella tragó saliva.

"Kraggor... se lo comió."

Silencio.

Silencio absoluto.

Pesado como una piedra.

Incluso el sonido de las batallas en la distancia pareció cesar por un momento.

Vergil permaneció inmóvil. El viento soplaba entre las ruinas, arrastrando ceniza y polvo, como si el mundo mismo se hubiera detenido a procesar la información.

Parpadeó lentamente.





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Miró el horizonte.

"JAJAJAJAJAJAJAJA" Todo el Vaticano se estremeció con la risa de Virgilio...

Era lo único que podía hacer... lo que acababa de escuchar era tan absurdo que simplemente no pudo evitar reír.

